

Viernes Santo de la Pasión del Señor.

Viernes Santo

Padre Pedro José Ynaraga Díaz

Muere alguien querido y los suyos velan su cadáver. En algunos sitios lo trasladan a un llamado tanatorio donde acuden los conocidos a dar el pésame a la familia. Si se trata de una persona importante las autoridades ceden uno de sus mejores ámbitos para que allí se establezca la "capilla ardiente" y los súbditos pasen a rendirle tributo. Os he hecho referencia de distintas costumbres, mis queridos jóvenes lectores, para que nos centremos en la realidad que hoy celebramos y nos preguntemos cual ha de ser nuestro comportamiento.

En primer lugar, cuando alguien muere, los más allegados se preguntan el porqué de aquel fallecimiento, si no se hubiera podido impedir, si faltó alguna actuación que hubiera mejorado sus dolencias, si mientras vivió recibió alguna ofensa nuestra... ¡cuántas cosas nos preguntamos cuando la muerte roza nuestra vida!

Interrogarnos respecto a la muerte es una cosa muy humana. Los animales no lo hacen. Nunca he olvidado el relato de R Kipling que cuenta el proceder de los cazadores de focas y que le puso el nombre de "la foca blanca". El rebaño arrebatado del océano avanza silencioso y sin oponerse hacia los que las van matando. El hombre no obra de esta manera, muy propio suyo es el oponerse, es consciente de que existe para vivir y se subleva si alguien quiere arrebatársela.

Y respecto a Jesús muerto ¿qué nos preguntamos?

Nadie ama tanto como el que da la vida por los suyos... Es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo... conviene que muera...

Jesús vivió, se relacionó, se hizo amigo de algunos, después de otros más. Hemos nacido nosotros y cuando le hemos conocido también nos sentimos amigos suyos. Ahora ha muerto. Tal vez ha sido por nosotros. Ha muerto y lo han enterrado. En su sepulcro yace su cuerpo cargado con nuestros pecados...

Al relato litúrgico de su muerte, acompañado de adoración y súplicas. Unidos también a Él por la comunión, que sabemos no es con un cadáver, podemos añadir en otro lugar y momento un rato de reflexión.

Os propongo, mis queridos jóvenes lectores, que os reunáis y practiquéis una oración comunitaria que durante muchos años venimos practicando. Voy a suponer que sois unos cuantos. Si es cosa de uno sólo ya sabrá adaptarse.

En el suelo hay una cruz desnuda. Dos troncos toscos encontrados en el bosque.

Alguien recuerda que Jesús muerto en la cruz es sepultado y con Él se lleva nuestros pecados. Por un momento, y evitando morbosidad, preguntémonos ¿Cuáles han sido?

Durante la vida le hemos sido infieles de muchas maneras. A veces vergonzosas, otras no. Públicas unas, solitarias otras...

Mirad la cruz. Invisible yace el Cristo.

Ante el pecado hay que arrepentirse, sin perder la Esperanza. El suicidio fue el peor pecado de Judas.

Hay que ser modestos y reconocer que, pese a que lo deseemos, volveremos a pecar. Pero hoy podemos pedir al Señor que este Viernes Santo se entierre definitivamente con Él alguno de nuestros pecados. Hay que pensarlo bien y ser realistas.

En un papelito escribe cada uno aquello que desea acabe hoy. Lo dobla. Se acerca a la cruz. Posa su frente en el madero, sus manos lo envuelven, reflexiona. Lo besa.

A un lado hay un recipiente con brasas de esas que se queman solas en los incensarios litúrgicos y otro con incienso.

Se toma el papel y se deposita, después un poco de incienso. Hay que mirarlo, contemplar cómo se quema uno y perfuma lo otro.

Pecado y alabanza se han unido. Perdura el aroma. Por enormes que sean los pecados, el hombre arrepentido, respetuoso y adorador, supera el trance y acaba santificado.

Besa la cruz.

Todos juntos acaban cantando: Victoria, tu reinarás, oh, cruz, tu nos salvarás.

Y, como no. Dándonos las manos y alrededor de la misma cruz, rezamos el Padrenuestro.

Nos vamos en silencio. Otros se quedan, entregados a personal reflexión o súplica.

¡Buenas noches, nos de Dios!

.